

LAS REACCIONES ANTE EL BILINGÜISMO: Una perspectiva histórica

XAVIER PANIAGUA FUENTES (*)

Hay que empezar por precisar que las presentes páginas no tratan de presentar ningún estudio exhaustivo sobre el amplio problema del bilingüismo, por cuanto que no puedo pretender aportar ninguna tesis elaborada a un tema que cae normalmente lejos de mi actividad investigadora. Constituyen tan sólo una reflexión desde la perspectiva histórica que adquiere especial importancia en la situación actual española que, a través de los procesos autonómicos en curso, busca zanjar uno de los problemas de su convulsa historia contemporánea.

Entre las variables más difíciles de controlar en la programación de la recuperación lingüística de un territorio se encuentran las reacciones sociales ante las medidas que la colectividad adopte para tal fin, de tal forma que podemos establecer unos planes muy precisos sobre cómo normalizar la lengua de una comunidad en la escuela y en la calle y encontrarnos con su imposibilidad material de cumplirlos como consecuencia de distintas reacciones de los afectados. Es verdad, que una gran parte de los movimientos nacionalistas contemporáneos han sostenido sus reivindicaciones autonomistas o independentistas en base a su peculiaridad lingüística cuando ésta era distinta a la que predominaba oficialmente en todo el territorio del Estado, que se encuentran así con dos, o más códigos de relación, uno de cara a entenderse con la administración y otro conectado con el entorno familiar y social de su comunidad. Este fenómeno ha sido frecuente a lo largo de la Historia: unos pueblos eran conquistados por otros y absorbidos administrativamente en unidades políticas mayores; la uniformidad, en algunos casos, iba ganando terreno según el grado de desarrollo tecnológico o cultural de los pueblos. No siempre los conquistadores terminaban imponiendo sus reglas, a veces eran los conquistados, como ocurrió después de las invasiones de pueblos del Norte en el Imperio Romano, quienes acababan asimilando a los invasores, más "bárbaros" y atrasados.

(*) Doctor en Historia, Catedrático de Geografía e Historia.
Jefe de la División de Formación del Profesorado del I.C.E. de la Universidad Literaria de Valencia.

Las lenguas por otra parte no son estables, se adaptan, como saben los filósofos, a las condiciones ambientales de los hombres, e incluso una misma lengua presenta matices diferenciales importantes según el grupo que habla; no es el mismo el castellano que se habla en un barrio de Vallecas que el utilizado en un pueblo agrícola de Valladolid, o el que sirve para entenderse a los alumnos de una clase de octavo de E. G. B. y la terminología que se emplea entre los juristas. El entramado de relaciones profesionales y sociales segrega un tipo de conexiones lingüísticas peculiares que resulta fundamental para ser admitido en el grupo. Puede decirse que el habla es el elemento de integración esencial en cualquier medio y la incorporación al mismo es imposible si no conocemos sus fórmulas para expresarse. De ahí se deriva en nuestro mundo actual las dificultades de integración de los emigrantes en países de lengua diferente a la de procedencia y las de aquellos niños de clase económica y socialmente inferior para poder adquirir los medios lingüísticos de las clases más desarrolladas (1). Al fin y al cabo como ya entrevió Joyce, el lenguaje es la base del pensamiento y no a la inversa.

Pero por encima de los distintos códigos existe una lengua standar que unifica la comunicación y que trata a través de las Academias y sus reglas, normar los modos correctos de la expresión. La Europa feudal, por ejemplo, contaba con el latín como medio de comunicación "universal" que se imponía sobre la diversificación lingüística que los pueblos de Europa habían ido desarrollando, y durante siglos mantuvo una unidad en un mundo disperso en infinidad de comunidades fundamentalmente agrícolas. El lento proceso de disolución feudal y la aparición de las distintas unificaciones políticas en que fueron integrándose diversas comunidades en organizaciones administrativas mayores, arrinconaron el latín y dieron categoría oficial a las lenguas habladas corrientemente. A partir del Renacimiento comienzan en Europa a editarse distintas gramáticas que pretenden regularizar lo que hablan campesinos, ciudadanos, nobles, siervos, mercaderes y artesanos. Sin embargo las unidades políticas articuladas en virtud de tratados, guerras, conquistas, matrimonios reales, provocaron que muchas de las partes no tuvieran las mismas características culturales: Inglaterra se uniría a Escocia como antes lo había hecho con Gales; Castilla y la Corona de Aragón tendrían los mismos reyes, trazando así el camino de una misma trayectoria histórica; la monarquía francesa iría poco a poco extendiendo sus territorios a costa de pequeños reinos, ducados, condados, etc...

Estas primeras integraciones en Europa no significaron cambios sustanciales en los distintos pueblos, sus tradiciones, costumbres y por supuesto su lengua continuó subsistiendo. Desde luego la Corte, con su rey, desde donde se había iniciado el proceso unificador, hablaba una lengua que en ningún caso podía ser considerada oficial, aunque el peso y la fuerza del poder iniciarán en cierta forma la oficialización. Los nobles de otras comunidades podían sentirse marginados en la Corte si no aprendían la lengua del Rey.

(1) Vid. Berstein: *Class, Codes and Control*, vol. 2. Applied studies towards a sociology of language. London, 1972; *Langage et classe sociale*. Paris, 1975. Miguel Siguán: *Lenguaje y clase social en la infancia*. Barcelona, s. a.

El proceso de crecimiento económico acelerado en el siglo XVIII y el inicio de la revolución industrial en la Europa Atlántica terminó por destruir las barreras feudales. Las relaciones entre pueblos, comarcas, países y estado se encuadraron en un tramado permanente por donde no sólo circulaban las mercancías, sino también las ideas y las organizaciones supranacionales. Los gobiernos necesitarán estructurar el sistema de organización política, con sus reglamentos y leyes, sus cuerpos de funcionarios y sus ejércitos permanentes, a la vez que iniciar la escolarización de parte de la población a fin de transmitir el cúmulo de conocimientos necesarios para encauzar las nuevas condiciones socioeconómicas. Aparentemente nos encontramos con la paradoja que a medida que se profundiza más en la integración de las distintas comunidades, tanto en las relaciones económicas como ideológicas y Europa va configurándose como una unidad las peculiaridades culturales, entre ellas las lingüísticas, se van destacando. Es un fenómeno a la vez centrífugo y centrípeto, por cuanto las dos fuerzas son complementarias. Para llegar a la universalidad es necesario partir de alguna particularidad. Es el camino de los nacionalismos como fenómenos políticos y culturales. La Europa de Mazzini como ha destacado Hobsbawm, no comprendía más que las naciones posibles: "Mazzini concebía una Europa compuesta de once Estados o Federaciones, todos los cuales (con la significativa aunque única excepción de Italia) eran plurinaciones, no sólo en términos actuales, sino también en los esencialmente decimonónicos términos wilsonianos del período posterior a los tratados de paz de 1918. La esencia de los movimientos nacionalistas en esta etapa —y las pruebas al respecto son contundentes— no era tanto la independencia estatal en sí como la construcción de Estados "viables", es decir, "unificación" más que separatismo, aunque esto quedará en parte ocultado por el hecho de que la mayor parte de los movimientos nacionales tendiera asimismo a romper uno o más de los obsoletos imperios de Austria, Turquía y Rusia que aún sobrevivían" (2).

Pero conviene, dejar claro que el fenómeno nacionalista decimonónico no es un producto segregado mecánicamente de la revolución industrial a través de las burguesías nacionales que necesitan estructurar un mercado para su consolidación, como ha supuesto machaconamente el marxismo leninista stalinista (3). Si el crecimiento económico estimuló la investigación, y el interés por la realidad circundante y los intentos por consolidar un espacio para su desarrollo, los fenómenos nacionales escapan a esta configuración y presentan una autonomía que en ocasiones se rebela contra el "sentido de la historia", puesto que si en algunos casos son integradores como en Italia y Alemania, en otros tienden a la desintegración, como en Hungría, Irlanda o Cataluña, aunque algunos no plantearán abiertamente la separación del Estado en sus inicios. Como decía Durkheim, las ideas una vez nacidas adquieren vida propia. Cada pueblo incorpora en su recuperación nacional aquellos elementos distintivos que estima identificadores de su personalidad nacional, reacciona contra lo extraño y percibe el dominio de que es —y ha sido— objeto por parte de otras comunidades. En este caso la lengua adopta un papel esencial en tanto que abarca a toda

(2) E. Hobsbawm: "Marxismo, nacionalismo e independentismo", en *Zona Abierta* Madrid, marzo-abril 1979, n.º 19.

(3) Vid. Josep Termes: "Interpretación del nacionalismo catalán", en *Federalismo, anarcosindicalismo y catalanismo*. Barcelona, 1976.

la colectividad sin distinción de clase. Los intelectuales comenzarán a estudiar las características históricas nacionales e influirán en la toma de conciencia colectiva que se extenderá por todos los niveles sociales y que reaccionarán de acuerdo con su condición, lo que significa que en muchos casos se unen contra el que consideran opresor y en otros, según las circunstancias, ponen por delante sus intereses de clase: la burguesía, buscando la protección del Estado supranacional en contra de los intentos de presión obrera, y el proletariado intentando la internacionalidad de su lucha contra los intereses partidistas de sus patronos. Por eso el fenómeno se complica y resulta difícil y contradictorio analizarlo como un movimiento uniforme. Se hace necesario concretar la multiplicidad de situaciones, pero aún así, aunque tengamos claro la casuística que la realidad provoca, la cuestión nacional no presenta una fácil interpretación teórica, y desde todas las posiciones ideológicas se contemplan defensa y rechazo de los nacionalismos. Hoy día existen socialistas internacionalistas y nacionalistas, al igual que existen democristianos, comunistas o liberales en los dos bandos y está desterrado el viejo esquema de que era la derecha más reaccionaria —remodelada con los fascismos— la interesada en conservar los elementos tradicionales de los pueblos en contra de las fuerzas progresistas que adquieren siempre una dimensión universalista, ya sea desde el liberalismo o desde el marxismo. Hemos asistido en nuestro mundo contemporáneo a la articulación de un nacional socialismo integrador que pretendía acabar con el liberalismo democrático uniformador y acentuaba las particularidades nacionales al máximo, pero al mismo tiempo vemos nacionalismos integristas que han negado, arguyendo principios historicistas y de esencias metafísicas, la posibilidad de identificación nacional de pueblos insertos en el espacio en que se intenta organizar el estado-nación. El marxismo ha tenido también grandes dificultades en explicar los movimientos nacionales, por cuanto nació como teoría universalista de la realidad histórica y pretendió convertirse en un arma del movimiento obrero por encima de fronteras y patrias. La realidad le ha creado no pocos problemas por lo difícil de incorporarla a su tradición, a pesar de los intentos del austromarxismo y los movimientos anticolonialistas del Tercer Mundo (4).

Pero lo cierto es que los nacionalismos han ido adquiriendo extensión y fortaleza después de las dos guerras mundiales, aun a sabiendas de que es imposible hallar un movimiento uniforme y coherente. Exactamente igual que ocurrió en el siglo XIX, la onda de integración mundial ha engendrado a su vez la profundización sobre las particularidades que abarcan desde las naciones no consolidadas en Estados hasta las regiones, comarcas y pueblos; es decir, la propia tendencia que predica la universalidad provoca como un reflejo alternativo la particularidad de los elementos, porque es a partir de una extensión de una de esas particularidades como puede alcanzarse la uniformidad. Si hoy se impone el inglés como lengua de relación en todo el mundo, hay que reconocer que su influencia se debe al peso específico, económico e intelectual, que ejercen Gran Bretaña y Estados Unidos, y no parece que intentos como el esperanto hayan tenido éxito más allá de ciertos círculos muy restringidos. La tendencia de la historia

(4) Cfr. A. D. Smith: *Las teorías del nacionalismo*. Barcelona, 1976. Tom Nairn: *Los nuevos nacionalismos en Europa*. Barcelona, 1979. G. Weil: *La Europa del siglo XIX y la idea de nacionalidad*. México, 1971. Horace B. Davis: *Nacionalismo y socialismo*. Barcelona, 1972. *El marxismo y la cuestión nacional*. Selección de distintos autores. Barcelona, 1976.

parece ir por la integración planetaria, pero ésta no se realiza como un movimiento abstracto y sin conexión con las realidades circundantes, sino a través de las propias acciones de los pueblos que van seleccionando mediante las distintas opciones y circunstancias sus preferencias de acuerdo con el grado de interés. De todas maneras la uniformidad tardará en consumarse por el lado de la lengua, precisamente los mecanismos de todo tipo —técnicos, económicos y sociales— que empujan hacia las unidades —o lenguas— supranacionales son también utilizados en la conservación de las características peculiares de los pueblos. El desarrollo permite que se libere también toda una serie de fuerzas puestas al servicio de la comunidad y genera así una "intelligentzia" que reflexiona y da fundamento ideológico a las reivindicaciones nacionales y entre ellas, desde luego, a la lengua, con la producción de una literatura que la mantiene y renueva, y trata por tanto de abrirse camino en el espacio geográfico que abarca, exigiendo medidas políticas que posibiliten su reproducción.

Puestas así las cosas, conviene ahora ceñirse al caso español, que adquiere en los momentos actuales una dimensión especial porque probablemente no existen en el mundo unas circunstancias parecidas. Un Estado que desde la entrada de los Borbones a principios del siglo XVIII inició el camino de la centralización administrativa, unificando legislativamente todo el territorio, al mismo tiempo que extendía el castellano como código lingüístico oficial. Como sabemos, la unidad monárquica de los reinos peninsulares se había conseguido con los Reyes Católicos, pero esto significó al principio muy poco para cada uno de ellos en cuanto continuaron manteniendo sus propias instituciones, como ocurrió con la Corona de Aragón, aunque con el tiempo los conflictos de competencia y participación se destaparon en algunos momentos históricos —caso de Antonio Pérez—, la Unión de Armas, la revuelta catalana...—, pero la identificación de catalanes, valencianos, castellanos, aragoneses como unidades propias y autónomas institucionalmente hablando siguieron funcionando, y sus lenguas se practicaban normalmente a todos los niveles; no obstante, el predominio del castellano fue aumentando a medida que la corte instalada en la Corona de Castilla adquiría mayor control y creaba toda una serie de servicios culturales que estimulaban la producción literaria —recordemos el Siglo de Oro—, mientras que las literaturas catalana o gallega iniciaban un declive importante, en parte provocado por la influencia política y demográfica de la Corona de Castilla, y en parte a causa de no disponer de un aparato real que centralizara la dispersión lingüística y coordinara una gramática como lo hizo Nebrija con el Castellano.

Felipe V, un Borbón, traspoló en cierto modo los comportamientos centralistas franceses, y aún más tras una guerra en la que estaba en juego la corona en contra de la "periferia", es decir aquellos reinos y principados que disfrutaron de autonomía con los Austrias. Las cosas posiblemente hubieran transcurrido hacia una integración casi completa a todos los niveles, pero el fenómeno en España adoptó fórmulas inéditas. El peso de Castilla se había ido acentuando a lo largo de la baja Edad Media, convirtiéndose en el reino con mayor fuerza demográfica, que acabaría inclinando la balanza a su favor en unos momentos en que el comercio mediterráneo y el esplendor de otros tiempos de Cataluña comienza a entrar en barrena. Pero esto no continuó en una proyección lineal. La Corona de Castilla a partir del siglo XVIII no fue el eje de las transformaciones económicas mo-

dernas como ocurrió en Gran Bretaña con Inglaterra, con la zona de la Ille de France en Francia o con Prusia en Alemania y la Monarquía Saboyana en Italia, en que ambas se convirtieron en dinamizadoras y protagonistas de las unificaciones italiana y alemana, e impusieron la uniformidad a partir de ellas. Escocia, Friuli, Bretaña, por ejemplo, pasaron a ser entonces "zonas subdesarrolladas", incapaces de competir contra el peso de aquellas otras que se convirtieron en las puntas de lanza del desarrollo económico y cultural. En España, en cambio, el fenómeno es el contrario: las zonas que inician el "take off" están, como Cataluña o el País Vasco, en la periferia, mientras que el Centro queda rezagado del proceso de crecimiento industrial y de las transformaciones económicas. No se trata ahora de entrar en polémica sobre las causas del relativo fracaso de la industrialización española, sino apuntar tan sólo que la dirección política no se realiza desde los núcleos más dinámicos y en este sentido el liberalismo doctrinal sufrirá la contradicción ante el deseo de unificar eliminando "a la francesa" las particularidades feudales y la realidad plurinacional, que cada vez adquiere mayor conciencia de su "status" cultural. Y así, a medida que se intente planificar la escolarización dentro del idioma castellano se producirá el choque entre lo que se habla familiarmente y la lengua administrativa que nunca adquirirá la fuerza suficiente como para eliminar las otras lenguas románicas o el euskera definitivamente. La "Renaixença" catalana es el punto más importante de este fenómeno, que proporciona la base de una recuperación lingüística que irá creciendo en todas las capas sociales hasta convertirse en reivindicación permanente. En este sentido, cuando las tradiciones federalista y carlista —profundamente anticentralistas— se percaten de la importancia de la lengua como vehículo integrador, los movimientos nacionalistas españoles adquirirán una mayor fuerza, con Cataluña como exponente máximo, yendo a la zaga Galicia, País Vasco y País Valenciano. Sin embargo, y en contraposición, el fenómeno acentuará el unitarismo por considerar peligrosa cualquier fragmentación cultural de España, en cuanto que puede conducir a posiciones independentistas que acaben con su unidad y con su legado histórico o, en todo caso, se piensa que los nacionalismos son cosa del pasado que irían contra la tendencia a la universalidad, aspiración de todos los pueblos. La situación desembocó en la II República, donde por primera vez, en un mar de contradicciones, se abordó el tema a niveles políticos, proporcionando un Estatuto de Autonomía a Cataluña. Mientras se tramitaba el de Galicia y País Vasco estalló la guerra civil durante la cual el "bando Nacional" machacó con sus proclamas de una España única, que no dejaba ninguna opción a la libertad de otras comunidades; la unidad se hacía a partir de la obligación del castellano y la represión de las otras lenguas.

Pero durante el franquismo España se convirtió en un país industrial con pérdida del poder específico del campesino y con fuertes emigraciones de las zonas subdesarrolladas a las más desarrolladas: andaluces, extremeños, murcianos, castellanos emigraron en masa a Cataluña, País Vasco o País Valenciano. Para este efectivo de población activa, trasladar sus hogares a estos lugares significaba principalmente, aparte de los costes sociales, un cambio de residencia dentro de un territorio en el que el "español" es la lengua oficial, y ello era siempre mejor que ir a Francia o Alemania, donde el idioma representaba un coste suplementario de gran importancia para su integración. Si uno habla castellano —o "español"— y

se traslada a Cataluña o Galicia no necesita conocer su idioma —y aquellos pocos que lo aprenden es por una necesidad de integración ante una presión social determinada—, siendo, además, que los habitantes de dichas comunidades tienen obligación de conocer el idioma oficial y estudiarlo con carácter exclusivo en las escuelas por constituir el único vehículo lingüístico de la Administración. La otra lengua queda relegada para actos folklóricos o para el entramado familiar, pero, a pesar de todo, sigue manteniéndose, y en el caso de Cataluña, con una gran fuerza literaria y cultural que adquiere carácter internacional. El proceso de concienciación lingüística a medida que se avanza en el desarrollo económico y se produce la integración europea es imparable y se extiende a otros núcleos como el País Valenciano.

La ampliación de los estudios universitarios a un mayor número de capas sociales producirá, entre otros casos, la atención a la problemática social del medio en que se vive, asumiendo así la tradición y la defensa de la lengua autóctona.

En principio, la defensa del idioma se acepta colectivamente como una reivindicación más de las demandas democratizadas de una sociedad que ha dejado de ser agraria en términos macroeconómicos, pero cuando llega la hora de la verdad y las propuestas han de traducirse en la práctica, las cosas ya no parecen tan sencillas: no lo es la coexistencia de dos idiomas, como ha quedado demostrado en Bélgica o Quebec. El bilingüismo como solución no parece que pueda subsistir fácilmente. Existen individuos bilingües, pero no comunidades con dos idiomas al mismo nivel de igualdad. Llegará un momento en que tenga que elegirse y nadie quiera realmente ceder, o al menos considerando la cuestión en términos masivos del conjunto de la población. Hay síntomas que lo atestiguan: reacciones de padres de alumnos, funcionarios, emigrantes que no entienden que tengan que verse rodeados por el idioma de la comunidad, que no aceptan que tengan que incorporarse con normalidad e indefectiblemente a otro idioma, pues parten de que el castellano es la lengua común y además estiman que tiene una fuerza universal a la que nunca debe renunciarse.

Las reacciones ante una política que signifique la rehabilitación a todos los niveles de la lengua propia pueden adquirir infinitos matices, sobre todo cuando es en las zonas más desarrolladas de España, con una población foránea de otras provincias, donde se concentra el problema, y el futuro deparará posiblemente tensiones que ahora empiezan a apuntarse, pero que no tendrán fácil solución, al menos a corto plazo. Se requerirá que todos los españoles entiendan que una cosa son los derechos civiles y políticos, iguales para todos, y otra la vinculación lingüística de una comunidad que necesariamente tendrá que aceptarse como código de relación administrativa, científica, escolar y literaria. Si esta meta no se ve con suficiente claridad, la integración de España será todavía un problema pendiente y, como siempre, con una dinámica no precisamente pacífica.

Lógicamente, la política de normalización no significará que el tema esté resuelto, porque una sociedad hablará siempre de la manera que quiera, sin renunciar por ello a sus peculiaridades. Ahí tenemos el caso de Irlanda, donde el Gaélico no cuaja en la población, en beneficio del inglés. Pero este es, sin duda, otro problema y es a la historia a la que compete dar sus resultados.

